

Atilio Giordani

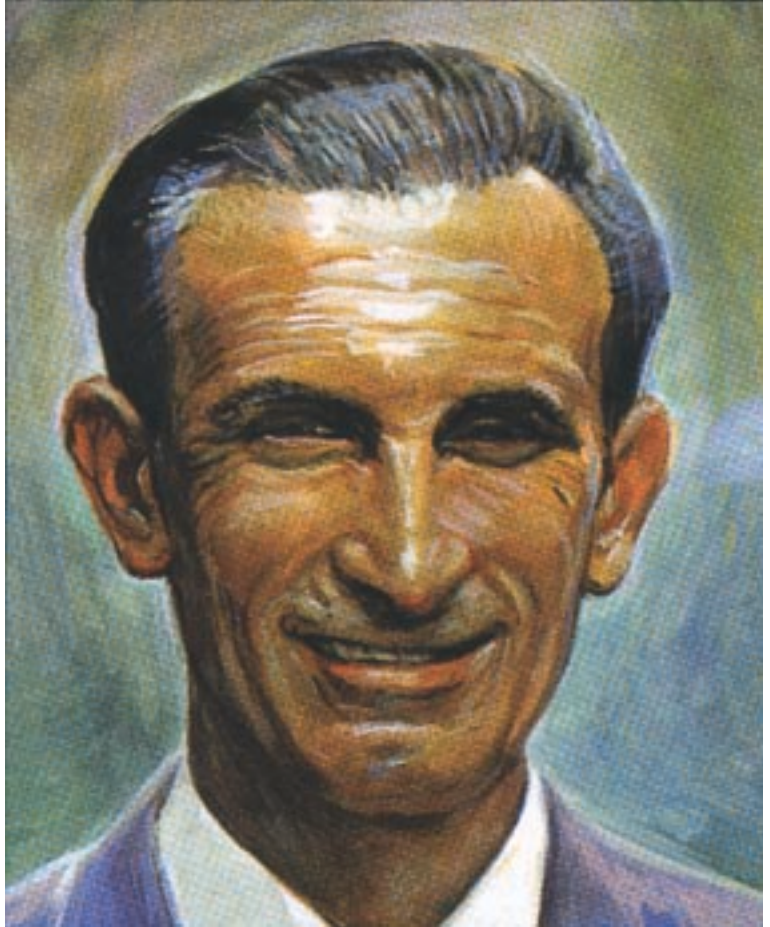
Una vida para el Oratorio

Teresio Bosco

El doctor Pablo Rossi, antiguo oratoriano, cuenta: "Mi hija tenía siete años cuando la llevé a una excursión organizada por la parroquia de San Agustín. Todo se desarrolló bien y volvieron a casa contentos. Cuando ella se acostó, le pregunté:

"¿Qué es lo que más te ha gustado? ¿La excursión en barca?". Era la primera vez que la hacía. "¿La comida en el restaurante? ¿El jardín de Villa Taranto?" Me respondió extasiada: "El señor Giordani".

A los diecisiete años trabaja en una empresa de productos farmacéuticos, y allí se mide la fatiga de cada día con la realidad del mundo del trabajo: es una vida dura, ni gratificante ni retribuida con justicia; pero Atilio la vive con serenidad. Y en el mismo año se convierte en el oratorio en un magnífico delegado de aspirantes de la Acción Católica. "Cada mañana –recuerda uno de sus aspirantes de entonces- lo espera en la calle Solferino: él llegaba rápido en su bici y a nosotros, apenas habíamos bajado del tranvía, después de una visita a la iglesia vecina, nos daba los avisos para el nuevo día para que en la escuela fuésemos los amigos de todos, la ayuda de todos, los que llevan la alegría, los "rayos de la escuela" (terminología que luego pasó a la Acción Católica y a la "Juventud Estudiantil")



Pasa los días de vacaciones llevando consigo a la montaña grupos de muchachos, componía cantos, diálogos, bromas, representaciones, organizaba grandes juegos en los bosques, excursiones en bicicleta y a pie, loterías y bancos de beneficencia, cazas del tesoro a través de las calles de la parroquia, las olimpiadas para muchachos en los patios del oratorio. Giordani era como una alegre rueda de fuegos artificiales de iniciativas, que surgían

de su fantasía casi espontáneas e irresistibles, pero cuya realización requería paciencia y abnegación superlativas. Y a todos convocaba al sacrificio, en forma alegre pero decidida.

"Era el vendedor invencible de aquella rara mercancía que se llama "alegría" –recuerda un joven de esa época- Atilio vendió vagones de alegría sobre todo entre los muchachos, cuando era joven, y cuando

era adulto, siempre gratis". Cuando le concedieron un premio por su trabajo, y en el discurso ensalzaron sus "sacrificios", él se consideró obligado a puntualizar que no tenía la impresión de haber hecho sacrificios. "vivir entre muchachos ha sido para mí siempre la cosa más agradable".

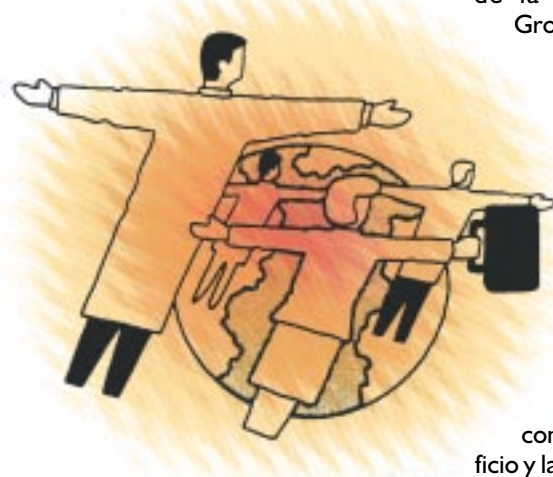
“vivir entre muchachos ha sido para mí siempre la cosa más agradable”.

1940. Comienza para Italia los cinco años de la segunda guerra mundial. Atilio Giordani pasará estos años en el frente griego-albanés, en Francia. Durante estos años lo acompañan dos pensamientos: sus muchachos y Noemí, su novia. Le escribe casi todos los días. Una línea lo resume todo: "Con la ayuda del Señor, tú serás mi felicidad" (abril de 1943)

Cuando llega la paz, se comienza desde el principio, entre escombros, con muchachos desnutridos y pálidos, que llevan en su sangre la semilla de la violencia. Para estos muchachos Atilio inventa la "Cruzada de la Bondad": una joya pedagógica que compromete a todo el barrio: jóvenes y familias, parroquia y escuela, sanos y enfermos, niños y ancianos. Es un relanzamiento a lo grande del espíritu evangélico. Amor y bondad. Atilio lo quería hacer entender a todos: solamente la bondad puede cambiar el mundo. "Con esta cruzada –recuerda un protagonista- Atilio nos hizo encontrarnos con los pobres, los enfermos, los viejos, los marginados, los mendigos: muchos hermanos cuya existencia desconocíamos, y que, sin embargo, estaban a nuestra puerta".

Sería un grave error considerar a Atilio adulto "fugitivo de la casa",

que prefiere el Oratorio a su familia. Los tres hijos que alegraron su casa hablan así de su padre: "Cuando papá entraba en casa, era todo nuestro; no llevaba a casa las tensiones de fuera. Estaba sereno, disponible, abierto, era algo "nuestro".



"No vimos nunca a nuestro padre amontonar dinero –recuerdan juntos los hijos-. Se sentía mal si no podía compartir con otros lo que tenía. Nos repetía "Demos; nosotros seguiremos adelante lo mismo. El Señor proveerá".

Durante los años setenta nace en el ambiente salesiano la Operación Mato Grosso, que quiere "transformar la sociedad" mediante el compromiso y el sacrificio personal. Los hijos de Atilio se unen a la causa, buscan acciones que absorben cabezas y manos. Atilio observa y anima aquel deseo de "hacer" y no sólo de discutir; aquel deseo de realizar el propio cristianismo con actos concretos de servicio. En el primer grupo que parte a Paxoreo, Mato Grosso (Brasil), está su hijo, universitario. Van a emplear sus vacaciones escolares formando un "centro social" en una zona muy pobre.

En el grupo que parte en 1972 está también Atilio (cincuenta y nueve años), con sus hijas y su Noemí. Fue

una decisión limpia, coherente, como todas las decisiones de su vida. "Voy a hacer oratorio entre los muchachos de Poxoreu". Lo único que lo hubiera detenido habría sido un "no" de su Noemí. No estaba dispuesto a sacrificarla más. Pero ella dijo "sí", siendo la "mamá de la Operación Mato Grosso".

Aquí llegan los garimpeiros que se rompen la espalda cerniendo las arenas de los ríos en busca del diamante, el garimpo. Atilio funda el oratorio festivo entre nubes de muchachos, con el espíritu de sacrificio y la alegría de siempre.

"Aquí los muchachos se divierten con poco: el domingo pasado un juego muy sencillo por las calles entusiasmó a los pequeños y a los jóvenes de dieciocho años que nos ayudaron", escribe.

Atilio mira con orgullo a su Noemí y a sus "muchachos" que se comprometen en serio con los más pobres y por los enfermos.

El 18 de diciembre de aquel 1972, en una reunión hablando con entusiasmo sobre el deber de dar la vida por los otros, se desmaya. Susurra a su hijo. "Continúa tú". Lo colocan tumbado sobre una mesa. Jesús está allí, y lo llama a través de los latidos enloquecidos de su corazón destrozado.

Hacia frío en Milán cuando llegó el féretro del señor Atilio. Muchas personas lo esperaban. A aquella gente consternada, que miraba lo que quedaba de una persona tan querida, le dijo el párroco: "A cada uno de nosotros Atilio nos repite la frase que al morir dijo a su hijo: "Continúa tú".